

IVÁN GILBERT

LA ROCA
SAGRADA

la esfera  de los libros

I

Cat Island, Bahamas
12 meses antes...

Desde la superficie era casi imposible distinguir los restos del galeón *Nuestra Señora de Cádiz*, ya que apenas quedaban unas pocas maderas carcomidas tras varios siglos de olvido bajo el agua. Los restos estuvieron desperdigados en un área de unos trescientos metros cuadrados, pero después de cinco semanas de estudio, extracción de material y succión de toneladas de arena en multitud de zonas, ya no se parecía en nada a la foto inicial. Ahora todo estaba recogido, etiquetado y guardado; el fondo era una cuadrícula gigante de cabos finos de diferentes colores que marcaban las diversas zonas del galeón que habían sido estudiadas y, por qué no decirlo, expoliadas.

—Otro día de sol en el paraíso. Buena temperatura, mar en calma, agua caliente y, como siempre, totalmente cristalina. Quizá hoy lleguemos a tener más de cincuenta metros de visibilidad.

—Me conformo con que veamos lo suficiente como para poder entrar sin problemas y acabar de una vez por todas.

—Hoy será el gran día, hazme caso. Según hemos observado en el sonar, hay un espacio abierto y bastante grande justo por debajo de la bodega principal que ya revisamos la semana pasada. Creemos que debe ser la sentina.

—Esos espacios normalmente están llenos de porquería y desechos. ¿Qué esperas encontrar ahí? —preguntó Emma, mien-

tras preparaba su equipo—. Porque con lo que ya hemos sacado esta última semana, el jefe podría vivir como un rey el resto de sus días.

—Creo que busca algo que no tiene mucho que ver con la carga principal. No estoy seguro de lo que es, pero supongo que, si aún seguimos aquí buscando, es porque debe quedar algo muy valioso ahí abajo —susurró Aitor, mirando hacia atrás y asegurándose de que nadie más le escuchaba—. Sospecho que tiene algo que ver con el último lote que sacaste del agua.

—¿Te refieres al que contenía el cofre de bronce?

—Sí. Creo que esa caja escondía algún objeto de mucho valor —indicó Aitor, mientras acababa de conectar su regulador a la botella de buceo—. En cuanto subiste ese cofre, Tim ordenó a dos hombres de la tripulación que se lo llevaran de la cubierta y lo trasladaran a su camarote sin dar tiempo siquiera a limpiarlo ni catalogarlo. No hizo ningún caso a los lingotes de plata ni a las decenas de monedas de oro que habías sacado en el mismo lote. Bajó junto con el hombre ese que había embarcado por la mañana en puerto Colón, el que llevaba un sombrero de color blanco, y ya no se les ha vuelto a ver, ni al cofre, ni al tipo. Creo que ese hombre se lo llevó cuando todos nosotros estábamos comiendo.

—¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. No parecía un tipo demasiado interesado en la historia del galeón. Por cierto, ¿sabes quién era? —curioseó Emma.

—No lo sé. Se lo pregunté a Tim por la noche, pero solo me contestó que era un inversor que quería comprobar qué tal hacíamos nuestro trabajo sobre el terreno.

—No me lo creo —contestó la mujer mientras se colocaba el ordenador de buceo.

—Ni yo tampoco. Bajé tras ellos y me asomé por el ojo de buey del camarote; ellos no me vieron, pero te digo yo que, tal y como miraban ese cofre, posiblemente era lo que Tim estaba buscando desde hacía décadas. No tengo ninguna duda. La cara de ese tipo se iluminó cuando lo tuvo entre las manos.

—Lástima que estuviera cerrado —apuntó Emma.

—¿No viste nada que pudiera indicar lo que era o qué podría haber en su interior? —preguntó Aitor.

—No. Si ese cofre ha tenido alguna vez inscripciones, estarán bajo la gruesa capa de sedimentos que lleva adherida. Lo que sí pensé es que era muy pesado para ser de tamaño medio.

—No mediría más de quince centímetros por cada lado, ¿verdad?

—Sí, más o menos. No era muy grande y, aun así, tuve que utilizar el globo elevador de veinte kilos para izarlo, y en su interior no hay espacio para meter tantos lingotes o monedas, a no ser que estuviera lleno de plomo, cosa que no tiene sentido porque el plomo no tenía tanto valor como para esconderlo en un cofre así —observó Emma, sentada en uno de los bancos laterales de la bañera de popa del barco, mientras se ajustaba el chaleco de buceo.

El barco aminoró de velocidad y poco a poco se fue acercando hasta una de las dos boyas naranjas que delimitaban el lugar del naufragio. Una de ellas estaba amarrada a un peso muerto hundido justo en la proa, o lo que antiguamente había sido la parte delantera del galeón español, mientras que la otra permanecía sujeta a lo poco que quedaba de la popa. Nada más llegar a la altura de la boya de proa soltaron el ancla y, una vez asegurados todos los cabos, apagaron motores.

Estaban fondeados a poco más de doscientos metros de la bahía de Springfield, situada en la parte sur de Cat Island, en el archipiélago de las Bahamas. En aquella zona el agua estaba quieta, como si fuera una balsa de aceite, y las ondas producidas por el suave movimiento del barco al llegar se perdían en un largo viaje sin retorno, camino de un horizonte por el que empezaba a despertar el sol. Las luces del amanecer mostraban, una vez más, el abanico de azules claros, intensos y turquesas de un agua limpia y transparente, que horas más tarde se reflejarían en el casco del barco como si se tratara de un espejo recién pulido.

El primer día que llegaron sí que fue posible vislumbrar desde la cubierta del barco, rompiendo el tono blanco de la arena del arrecife, unas cuantas manchas oscuras que bien podrían haber pasado por pequeñas praderas de vegetación diseminadas por el fondo. Pero no era el caso. Esas pequeñas motas marrones eran, ni más ni menos, algunas de las piezas metálicas de la cubierta del galeón español y algunos de los más de treinta cañones de bronce que habían sobrevivido a casi cuatrocientos años de inmersión, fundidos

y camuflados entre multitud de corales, formando ahora una sola pieza.

Aitor y Emma tenían la esperanza de acabar esa mañana su trabajo en este pecio. Tan solo quedaba por estudiar esa parte de la sentina que el sonar había localizado y que hasta ayer no habían descubierto. Esta sería, con suerte, la última inmersión antes de coger unas más que merecidas vacaciones. Ya habían recorrido y vaciado toda la bodega principal que contaba con casi treinta metros de largo en sus días buenos; ahora no tenía más de doce en la parte más larga ya que el resto había quedado aplastado por el peso del mismo barco. Fue en la zona que todavía aguantaba la estructura donde habían encontrado el grueso de toda la carga que llevaba el galeón ya que se mantuvo bastante entera, soportando el paso de los años gracias a que estaba enterrada en la arena unos tres metros.

Tim, el director de operaciones, no estuvo equivocado en ningún momento. Sabía lo que tenía entre manos desde el primer día. Encontró en el archivo de Indias un documento que en teoría portaba encima uno de los doce supervivientes del naufragio, donde se indicaba que en la bodega de carga debía de haber más de diez toneladas de plata en forma de lingotes, miles de monedas de oro, más de dos mil lingotes de cobre, doscientos de oro, infinidad de piedras preciosas y, por supuesto, algunos bienes personales no registrados y que debían ser entregados personalmente en mano a importantes miembros de la burguesía y la iglesia española de aquella época. A pesar de ser una historia fantástica digna de un cuento de piratas que se precie, Tim nunca dudó de su veracidad. Las pruebas jugaban a favor de ese manifiesto de carga ya que, el *Cádiz*, era primo hermano del *Atocha*, otro galeón español que formaba parte de la misma flota de barcos que debía regresar a España con infinidad de tesoros para la corona.

Nuestra Señora de Atocha se hundió en el año 1622 frente a las costas de Florida, con doscientos sesenta y cinco tripulantes a bordo, de los cuales, solo cinco sobrevivieron. Pocos días después, el galeón *Nuestra Señora de Cádiz* sufriría el mismo destino con casi trescientos hombres a bordo, de los cuales solo una docena pudieron sobrevivir llegando a nado hasta Cat Island, una de las muchas islas de las Bahamas.

Siempre se ha dicho, o al menos eso explicaban los expertos historiadores del archivo de Indias, que ambos navíos llevaban un cargamento muy similar. Había pruebas que así lo indicaban, tales como los apuntes de sendos cuadernos que se hallaron entre los documentos que los supervivientes salvaguardaron; papeles que se habían mantenido a buen recaudo. Cuentan que esa travesía de regreso hubiera sido de las más fructíferas para las arcas españolas.

Durante siglos se habló de estos dos galeones como de algo especial, incluso místico, hasta que la fantasía se convirtió en realidad allá por el mes de junio del año 1985, cuando un equipo que llevaba buscando el *Atocha* desde hacía una década, averiguó el lugar exacto de su naufragio. Lo que extrajeron de su interior fue tasado por los expertos en más de quinientos cuarenta millones de dólares. Y si la historia y los archivos no mentían, las bodegas del *Cádiz* deberían contener más o menos lo mismo.

Y la historia no mintió. Así como tampoco lo hicieron los documentos que los supervivientes pudieron salvar. Hacía cinco semanas que no paraban de extraer materiales del viejo galeón hundido. Primero sacaron lo que había quedado desperdigado por la superficie, después lo que estaba bajo los primeros restos de cubierta, seguido del grueso almacenado en la bodega principal. Aún no sabían el valor exacto de todo porque había que limpiarlo, pulirlo, catalogarlo y después tasarlo, pero según había dicho el capitán, que de eso entendía bastante, el coste de todo lo extraído ya superaba con creces los cuatrocientos millones de dólares. Cada día, durante esas últimas semanas, volvían al pequeño puerto de la isla cargados con nuevos tesoros que guardaban en uno de los almacenes alquilados por la empresa. Allí mismo, un grupo de expertos limpiaba y catalogaba cada una de las piezas bajo la atenta mirada del equipo de seguridad que Tim siempre llevaba a sus prospecciones, armados hasta los dientes y que custodiaban aquel inmenso tesoro de posibles manos ajenas.

Pero al parecer todo lo que habían conseguido extraer del agua no era suficiente para el capitán. Llevaban dos días sin subir nada de provecho a bordo; ya no quedaban más que viejos trozos sin valor que algún día formaron parte del viejo galeón, pero Tim seguía ordenando que el sonar trabajara a destajo y que los buzos bajaran

a diario con detectores de metal. Buscaba algo más, eso estaba claro, y no estaba dispuesto a dejar ni un solo hueco sin explorar; además, parecía tener mucha prisa en acabar. Durante los últimos días, y en especial tras la visita del hombre del sombrero blanco que se llevó el cofre de bronce que Emma subió, Tim estaba más nervioso e irascible de lo normal.

El sol ya lucía lo bastante alto como para iluminar el fondo sin problemas. Era la hora de empezar a trabajar. En el puente de mando, situado en la proa del *Discovery I*, y a tres pisos por encima de la línea de flotación, Tim Barros, el capitán del barco y el director de la empresa, oteaba desde las alturas con una taza de café humeante en la mano, observando cómo su tripulación trabajaba de forma ordenada y precisa. Sus dos principales buzos, Aitor y Emma, estaban acabando de hacer las últimas comprobaciones en sus respectivos equipos. En breve estarían preparados, esperando en la bañera de popa a que diera la orden de saltar al agua.

—¿Dónde has puesto la boya de seguridad y la de emergencia? —inquirió Emma.

—Aquí están —indicó Aitor, dándose la vuelta para mostrar las dos boyas colgadas de la parte baja de su chaleco de buceo—. Perdona, no me he acordado de decirte que las he cambiado de sitio. Es más cómodo para mí llevarlas así.

—Me parece bien, pero avísame de cualquier cambio, por si acaso —protestó Emma frunciendo el ceño, intentando dibujar un enfado sin demasiado éxito.

—¿Estás preparada? —preguntó Aitor mientras la cogía por la cintura y la acercaba hacia él.

—Sí señor, lo estoy —contestó ella, mirándole y besándolo con ternura—. No podría ser más feliz. No quiero estar en ningún otro lugar que aquí, contigo, en este barco y en este momento —añadió antes de besarlo de nuevo.

Aitor y Emma se conocieron hacía apenas un año y medio, justo cuando él entró a formar parte del equipo de buzos de la empresa Barros Search and Recovery Inc. Aitor hacía poco que se había ido a vivir con su primo Daniel, a Nueva York, huyendo de la crisis que asolaba España en aquellos años en los que casi no había encargos para buzos profesionales. Desde entonces estuvo trabajando co-

mo conserje y vigilante en el Museo de Historia Natural, donde su primo trabajaba unos días a la semana en el departamento de restauración de antigüedades. Meses más tarde se enteró de que buscaban una persona para el equipo de submarinistas en una empresa muy reconocida para sustituir al compañero de Emma y no dudó en presentarse al puesto.

La pareja simpatizó el primer día. Se hicieron amigos nada más verse y, lo que es más importante, congeniaron a pesar de tener caracteres distintos, como pareja de buceo. Confiaban ciegamente el uno en el otro y, aunque no habían tenido nunca problemas graves, las pequeñas contrariedades que habían surgido no fueron un escollo para la larga experiencia de ambos. Apenas cuatro meses después de conocerse y de trabajar juntos las veinticuatro horas del día, de vivir entre barcos y hoteles, de pasear por playas de arena blanca y cayos casi desiertos, y de estar horas juntos bajo el sol y bajo el agua, una noche, tomando unas copas en uno de esos chiringuitos paradisíacos junto al mar, Aitor decidió, bajo el manto protector que le brindó el exceso de ron, lanzarse a la aventura y besarla mientras ella explicaba algo sobre la historia de un pirata holandés.

La chispa del amor se encendió sin que ninguno de los dos pisara el freno y así seguía desde el primer día, ardiendo imponente como la potente e inmortal luz de un faro.

—¿Estáis preparados? —preguntó Tim desde su puesto de mando a través de megafonía, rompiendo ese momento mágico entre ambos.

La pareja contestó afirmativamente a la pregunta, tocándose la parte superior de sus cabezas con los dedos para formar un círculo con sus brazos que indicaba un *OK* desde la distancia, tal y como se hace en el lenguaje de signos del buceo.

—Adelante. Id con cuidado —ordenó Tim.

Aitor y Emma caminaron hasta la bañera de popa ayudados por un par de marineros y se colocaron las aletas mientras observaban el infinito mar azul que tenían a tan solo medio metro bajo sus pies; el agua les esperaba con los brazos abiertos. Se ajustaron la máscara y se pusieron el regulador en la boca para dar unas cuantas inspiraciones profundas y comprobar que el flujo de aire era el correcto. Dieron un par de pasos hacia adelante, colocándose al final

de la plataforma y al borde del pequeño abismo. Una simple mirada bastó para confirmar que estaban preparados. Aitor saltaría primero. Se colocó y ajustó bien el casco protector para evitar que se moviera, levantó exageradamente la pierna derecha como si fuera un soldado desfilando mientras aguantaba con una mano la máscara y el regulador para evitar que al entrar al agua salieran despedidos, y dio un paso gigante hacia adelante, cayendo completamente vertical en el mar y desapareciendo entre decenas de burbujas. Tan solo un segundo después salió de nuevo a la superficie, indicando a Emma con su mano que todo estaba en orden. A continuación, saltó ella de idéntica manera.

En cuanto los dos buzos estuvieron preparados, uno de los marineros les pasó el detector de metales portátil. Era un aparato más pequeño que el resto de los detectores, ideal para llevar con comodidad por espacios cerrados, como era el caso en aquella inmersión.

Nadaron por la superficie hasta una de las boyas y tras otra mirada de confirmación, comenzaron a descender por el cabo. Se detuvieron a cinco metros de profundidad para hacer una última revisión visual, vital para comprobar que no había ninguna pequeña fuga de aire en cualquier parte del equipo. Con tan solo un rápido vistazo pudieron comprobar que ningún hilo de burbujas escapaba hacia la superficie, algo que podría llegar a convertirse en un grave problema a mayor profundidad. Todo estaba correcto.

Aitor miró hacia abajo y vio cómo el cabo de la boya llegaba hasta el fondo y descansaba sobre un manto de arena blanca. Desinfló un poco su chaleco hasta obtener una flotabilidad negativa que lo llevara hacia el punto deseado. Empezó a bajar despacio, seguido de Emma, mientras exhalaba aire por la nariz a la vez que la pinzaba con sus dedos para compensar así los espacios aéreos de sus oídos y evitar una posible lesión en el tímpano, debido al aumento de presión que iba ganando con cada metro descendido. Aitor llevaba varios días constipado y con algo de mucosidad y cada vez le costaba más compensar, pero no suponía un problema demasiado grave para su larga experiencia.

Justo antes de llegar al fondo y tan solo cuando faltaban algunos metros para tocar la arena, Aitor y Emma hincharon sus chalecos con el aire justo para ganar algo de flotabilidad positiva, con-

siguiendo el perfecto equilibrio entre el empuje que el peso del agua ejercía hacia abajo y el empuje del aire de sus chalecos que tiraba de ellos hacia arriba. Una excelente flotabilidad neutra que los mantenía ingravidos como peces a esa profundidad.

Aitor empezó a aletear suavemente rumbo a la popa, pasando por encima de los pocos restos que aún quedaban diseminados por el fondo. Decenas de peces de diferentes especies se acercaron y los acompañaron durante los primeros minutos, tal y como hacían cada mañana. A veces también se unían al grupo algunos tiburones de puntas negras que se acercaban hasta los restos del galeón en busca de alimento.

Al cabo de un par de minutos, algo destacó de entre el colorido fondo. Una pequeña boya marcadora de color naranja fosforescente apareció indicando el punto por el que tenían que entrar. Señalaba una pequeña apertura de tan solo metro y medio de ancho, algo estrecha, pero lo suficiente para acceder de uno en uno, y que daba paso a una amplia sala de tres metros de altura y casi doce de largo. Era la bodega principal del barco, donde se almacenaron en su día los víveres necesarios para tan larga travesía y en la que esas últimas semanas habían encontrado todo el tesoro que el *Cádiz* llevaba guardado en sus entrañas.

Aitor esperó a que su compañera llegara para hacer una última comprobación de sus instrumentos; la profundidad era de veinte metros y el aire que les quedaba era correcto y dentro de lo estipulado. Juntó los dedos pulgar e índice de su mano derecha haciendo la señal de *OK*, indicando que todo estaba en orden. Emma respondió idénticamente, confirmando por su parte que todo estaba bien. Aitor encendió las dos linternas led que llevaba en su casco y esperó a que Emma le diera la confirmación de que funcionaban perfectamente; hizo lo mismo una vez que ella conectó las suyas. Se colocó en posición vertical, a un metro sobre la entrada, y exhaló todo el aire de sus pulmones para descender de forma pausada y desaparecer poco a poco por la estrecha abertura.

Una vez dentro, la oscuridad fue absoluta, pero gracias a los dos potentes puntos de luz que llevaba en su casco podía ver el interior con bastante claridad. Se apartó de la entrada para permitir que Emma pudiera bajar y se mantuvo esperando, flotando entre dos

aguas, sin hacer movimientos bruscos y aleteando lo mínimo indispensable para no levantar los sedimentos del fondo, evitando así que la visibilidad empeorara de forma peligrosa para la inmersión. La técnica y la experiencia eran vitales en este tipo de incursiones donde solo había una entrada y, por lo tanto, una única y posible salida. Si la visibilidad se volvía nula, podrían llegar a tener serios problemas.

Aitor observó a su compañera de buceo mientras aparecía por la trampilla y pensó que era lo más parecido a ver un ángel descendiendo de los cielos. Pasó a través del estrecho agujero con parsimonia hasta estar completamente en el interior de la bodega y elevó sus piernas con delicadeza para poner todo su cuerpo en posición horizontal. Miró hacia su compañero y le volvió a marcar de nuevo con los dedos que todo estaba correcto. Aitor devolvió la señal y agarró el cabo guía con su mano derecha, el mismo cabo que instalaron el primer día y que llegaba hasta la sentina inferior; el hilo conductor que les marcaría la dirección de salida en caso de que la visibilidad se tornara impracticable. Su ordenador marcaba en ese momento veintitrés metros de profundidad, lo que quería decir que estaban tres metros por debajo del nivel del fondo arenoso, justo dentro del estómago del barco.

Avanzaron lentamente rumbo a la popa aleteando con cuidado por el fondo de la bodega. Era oscuro y tétrico, pero mucho mejor conservado que los viejos y podridos fragmentos de la superficie. Aún mantenía en buen estado algunas paredes, sin embargo, el techo podría venirse abajo en cualquier momento, aunque fuera tan solo por la acumulación de aire de las burbujas exhaladas, que poco a poco se iban juntando en una zona concreta creando una bolsa que podría acabar teniendo el aire suficiente como para que su empuje hiciera astillas un techo demasiado añejo. Habían solicitado varias veces a su jefe unos equipos de respiración de circuito cerrado para evitar ese tipo de problemas, pero Tim decía una y otra vez que era material muy caro y aún no lo creía conveniente. Seguramente, después de contar los ingresos de este expolio tan lucrativo, cambiaría de opinión.

Decenas de barriles, o lo que en su día fueron sendos recipientes que albergaron comida, bebida, especias y demás enseres valio-

sos, estaban dispersados por el fondo de la bodega, rotos, olvidados y podridos, colonizados por un sinfín de corales que se retorcían para salir por cada rincón. Ya no quedaba nada del inmenso tesoro que tan solo unas semanas antes habían encontrado en ese mismo lugar. Un par de morenas gigantes, que llevaban allí desde el primer día, les saludaron de nuevo desde el interior oscuro de uno de los recovecos, inmóviles y amenazantes con una boca que se abría y se cerraba y que tan solo respiraba sin cesar.

Con cada rayo de luz que salía de las pequeñas pero potentes linternas adheridas a sus cascos, la vida marina y la explosión de colores se sucedía sin cesar. Todo lo que acababa bajo el agua pasaba a formar parte, sin quererlo, de un inmenso ecosistema repleto de actividad. Aitor seguía aleteando sin dejar de acariciar el cabo guía mientras un grupo de peces león lo seguía de cerca. Sus púas, largas, venenosas y amenazantes bailaban a pocos centímetros de su casco, mientras seguían hipnotizados por el haz de luz que les mostraría, tarde o temprano, alguna pobre presa que degustar.

Llegaron al final de la bodega donde una pared, antaño de madera, les cerraba el paso. Hoy era un muro repleto de coral que les impedía seguir avanzando. Aitor miró de nuevo, embelesado, cómo los diferentes tipos de coral habían crecido por la pared y el techo de toda la sala; estaba convencido de que el galeón no había colapsado y destrozado la bodega gracias a ellos.

Además, como el barco quedó medio enterrado en la arena, todo lo que estaba oculto se mantuvo más protegido de lo normal, ayudado por ese revestimiento que, duro como piedras, formó una capa protectora natural y preservó sin quererlo un tesoro antiguo, valioso e intacto.

El cabo guía desaparecía a través de un escueto agujero para descender al nivel inferior que aún permanecía virgen y oscuro. Aitor miró a Emma y con un apretón de manos le indicó que había llegado la hora. Ayer hicieron ese orificio lo más grande posible para entrar sin problemas. Dejaron caer el carrete guía en esa zona que el sonar había detectado como un espacio hueco, para empezar a inspeccionar el nuevo terreno.

Aitor entró primero; se volvió a colocar en posición vertical y comenzó a descender lentamente. Emma vio, desde su posición, có-

mo la oscuridad iba engullendo las piernas de su compañero, su cintura y su torso, hasta llegar a su cabeza donde, gracias a las potentes linternas, todo cobró vida y empezó a ver el contorno del nuevo camino a seguir. Aitor llegó hasta el fondo antes de lo que esperaba, tocando sin querer con sus aletas el final del camino. Aquel lugar era bastante estrecho. Un escalofrío recorrió la espalda de Aitor a causa de una corriente de agua bastante más fría que la que había en la bodega superior. Miró su ordenador y comprobó que la temperatura había bajado casi cinco grados de golpe.

Según los planos originales del *Cádiz*, la sentina debía tener unos tres metros de altura por veinte de largo. Pero quizás esto ya no era así, porque según los testimonios de algunos de sus supervivientes, el barco empezó a escorarse por la popa, debido posiblemente a un impacto que abrió un boquete en el casco. Aitor había tocado fondo a menos de dos metros de la entrada, lo que quería decir que, al menos en ese punto, el suelo muy probablemente se había roto o podrido y se había combado hacia arriba. Alumbró hacia abajo y pudo ver cómo la arena del lecho marino sobresalía entre restos de metal y de coral. No había duda de que el casco del barco se rompió justo en ese lugar.

Poco a poco y con mucho esfuerzo se giró intentando levantar la mínima cantidad de sedimento posible para alumbrar el resto de la zona. Comprobó cómo la parte superior y el suelo, al igual que las paredes, formaban de nuevo un complejo coralino natural que impedía, al igual que en el piso superior, que el barco colapsara.

Aleteó un poco hacia el centro de la oscura sala sin dejar de tirar del carrito guía, para que Emma pudiera seguirlo, esta vez en dirección a la proa. Observó cómo el fondo descendía de golpe hasta unas medidas que cuadraban con los planos originales. Se detuvo para mirar de nuevo su ordenador y confirmó que la profundidad había aumentado un metro más. Estaban ahora mismo seis metros por debajo del fondo marino, enterrados en el segundo nivel del viejo galeón. Su tiempo de inmersión era de veinte minutos, su consumo estaba dentro de lo esperado y el tiempo remanente de aire, según su ordenador, era de treinta minutos. Todavía tenían tiempo para estar media hora más antes de tener que empezar a ascender, salir y llegar al cabo de la boya con una reserva mínima de cincuen-

ta bares de presión. Se giró para esperar a Emma y, en cuanto ella estuvo a su lado, verificó que sus lecturas eran parecidas para continuar de nuevo.

Ante ellos se abría un inmenso espacio que se perdía en la más absoluta oscuridad, solo rota cuando los haces de luz barrían la zona para comprobar qué camino debían seguir. La sentina estaba mucho más despejada que la bodega principal, donde encontraron una gran cantidad de lingotes y monedas dentro de cientos de cajas y barriles dispersados por toda la zona de carga. Allí no había nada excepto trozos de metal que sobresalían del suelo y que antaño formaron parte del cascarón del barco. Aletearon un poco más para intentar llegar al final de la sentina y los haces de luz mostraron de nuevo una zona vacía, casi diáfana, donde solo un obstáculo rompía la monotonía; justo en el centro de la sala, sobresalía una enorme formación de coral que se elevaba hasta un metro de altura y se extendía imitando la forma de una mesa redonda, en la que perfectamente podrían haberse sentado ocho o diez comensales. A su alrededor volaban cientos de peces cristal, que debieron entrar durante el día anterior, formando un banco que danzaba al unísono reflejando la luz de las linternas en un baile hipnotizador. Del techo colgaban cientos de brazos de coral blando que se mecían hacia los lados cada vez que el aire exhalado chocaba con ellos y explotaba formando centenares de pequeñas burbujas que viajaban poco a poco hacia la proa donde se acumulaban formando una bolsa de aire cada vez más grande.

Tras varios paseos mirando meticulosamente cada rincón y sin ver nada que pareciera de valor, Aitor puso en marcha el detector de metales para hacer un último barrido de la zona. El pitido era audible incluso al nivel más bajo de volumen ya que, bajo el agua, el sonido viaja más rápido, más lejos y con más nitidez que en la superficie. Volvieron de nuevo a la entrada y empezaron a barrer el fondo con el detector que avisaba cada vez que pasaban por encima de una de las costillas metálicas y oxidadas del casco del barco. Llegaron de nuevo hasta el final de la sentina sin haber encontrado nada especial. Aitor miró a Emma y le indicó con la cabeza que allí no había nada más que extraer. Ella contestó que estaba de acuerdo y con un gesto de su mano, dio a entender que era hora de salir.

Fue en ese mismo momento cuando Aitor levantó el detector para girar y darse la vuelta que escuchó un leve pitido. Miró hacia la zona donde había pasado por encima con el aparato, pero solo vio la pared vertical, rocosa y coralina que marcaba el final de la sentina. Volvió a levantar el detector y lo paseó por toda la superficie de la pared, escuchando de nuevo el mismo leve pitido. Emma alumbró con sus luces al lugar exacto donde el aparato indicaba que había algo, pero allí no había más que coral petrificado. Sacó una espátula que utilizaba para limpiar ese tipo de zonas y rascó la pared con fuerza. Esperaron varios minutos a que la visibilidad mejorara y a que todas las partículas que había rascado y que flotaban inertes, formando una densa nube, desaparecieran cayendo al fondo por su propio peso.

Cuando la visibilidad mejoró pudieron ver que algo había quedado incrustado en la pared. Quizás hace años aquello fuera un compartimento, o una especie de armario o repisa, pero hoy estaba demasiado estropeado como para saberlo a simple vista. Ahora era tan solo un amasijo de material oxidado y que formaba parte de ese mundo coralino. Introdujo uno de los cinceles que llevaban en la bolsa de herramientas y golpeó con el martillo hasta que una parte de la pared se desencajó de su sitio, dejando escapar un quejido metálico junto con una nube de polvo de óxido que desapareció a los pocos segundos. Aitor cogió lo que parecía ser una especie de arca o baúl, y lo dejó en el suelo con sumo cuidado, inspeccionando cada centímetro, hasta que vio con claridad lo que era. Sin duda alguna, ese objeto formó parte de un pequeño cofre parecido al que Emma había sacado días atrás y que tan sigilosamente se había llevado aquel tipo.

La buceadora indicó a su compañero que mirara en el trozo que aún quedaba incrustado en la pared. Aitor hizo palanca sin lograr sacarlo, picó con el martillo un poco más fuerte hasta que al final, después de varios intentos, el resto del maltrecho cofre saltó cayendo al fondo con un ruido sordo y apagado. Lo que quedó a la vista una vez se dispersaron las partículas en suspensión brilló por primera vez, después de varios siglos de oscuridad, bajo la luz que llegaba de las linternas. Una pieza que parecía estar hecha de metal, brillante como un espejo a pesar de cientos de años bajo el agua, quedó a la vista. Aitor la cogió con una mano y enseguida se dio

cuenta de que era mucho más pesada de lo que parecía, ni siquiera el plomo hubiera pesado tanto. Usó las dos manos para sacarla de lo que quedaba del cofre y se la mostró a Emma. Era una pieza triangular que mostraba un símbolo desconocido que brillaba, limpio y pulido, como si lo acabaran de grabar. No sabían qué clase de metal era capaz de resistir el paso de los siglos de esa manera, pero sí que tenían claro una cosa, eso es lo que Tim llevaba buscando desde hacía días y, muy posiblemente, formaba parte de lo que había en el otro pequeño cofre que sacó Emma.

Aitor extrajo su pequeña cámara GoPro de uno de los bolsillos de su chaleco y grabó y fotografió cada centímetro de la pieza. Estaba dispuesto a averiguar qué era eso y por qué le interesaba más que el oro al ávaro de su capitán.

El ordenador pitó en ese momento, indicando que los últimos esfuerzos habían disparado el consumo de aire y que era hora de salir de allí. Metieron el metal en una de las bolsas de red que llevaban para recoger muestras dejando en el suelo el maltrecho cofre de bronce donde había estado guardado. Empezaron el ascenso, volviendo de nuevo tras sus pasos, sin dejar de tocar el cabo guía que los llevaría con seguridad hasta la superficie. Subieron a la bodega principal y el agua volvió a retomar su cálida temperatura. El lugar parecía mucho más amplio comparado con la estrecha, oscura y fría sentina. Salieron por la escotilla para ver de nuevo la azulada luz del sol y la increíble visibilidad de esas aguas, y deshicieron el camino hasta la proa para llegar al mismo cabo por el que habían descendido.

Una vez allí, el ordenador les marcaba a ambos una parada de seguridad a cinco metros, de tres minutos, algo normal después de una inmersión como esa. Ascendieron poco a poco y sin prisa hasta los cinco metros donde se quedaron parados hasta que lo indicara el ordenador.

Aitor miró hacia arriba y se dio cuenta de que además del casco del *Discovery I*, había una pequeña embarcación a su lado. Debía de estar amarrada al barco, ya que sus cascos estaban completamente pegados y se iban golpeando mutuamente con cada ola. No le olió demasiado bien. Nunca habían tenido la visita de otros barcos, ni grandes ni pequeños. El equipo de seguridad de a bordo jamás lo

hubiera permitido. Este no era un navío corriente, era un barco que buscaba tesoros millonarios y la seguridad a bordo era digna del yate de un jeque árabe.

El ordenador indicó con un leve pitido que ya podían subir a la superficie y dar por finalizada la inmersión. Aitor le dijo a Emma por señas que esperara a esa profundidad hasta que él la avisara, antes de salir. Empezó a subir, lentamente, sin dejar de mirar hacia la escalera de la bañera de popa, donde percibía movimiento de gente, algo normal cuando la tripulación espera el ascenso de los buzos, pero esta vez había algo diferente; una voz interior le decía que algo no cuadraba y que fuera con mucho cuidado. Sacó la cabeza del agua, lentamente, intentando observar con disimulo la cubierta del barco y enseguida se dio cuenta del problema. Varios hombres, armados hasta los dientes, lo estaban esperando. Contó más de siete tipos que sonreían y le apuntaban a la cabeza. Entre ellos había parte de la tripulación.

—¿Ha encontrado lo que andaba buscando? —preguntó la única persona que no iba armada—. Haga el favor de subir a bordo, señor Alcorta, o nos veremos obligados a dispararle a usted y a su novia.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Aitor desde la superficie, después de quitarse el regulador de la boca.

—Quiero la pieza que falta. La que seguro han encontrado en la sentina del galeón.

—¿Dónde está el capitán? —volvió a preguntar Aitor, intentando ganar algo de tiempo para pensar qué debía hacer.

—¡El capitán está muerto! Y tú lo vas a estar si no subes ya, pedazo de capullo —gritó Mike, uno de los marineros que formaba parte de la tripulación desde hacía años.

—Tranquilo. El señor Alcorta no quiere tener problemas con nosotros —dijo de nuevo ese hombre, con un tono de voz sereno y conciliador a la vez que sarcástico—. Deme la pieza y nos iremos sin hacerles nada. Si se niega, los mataremos, la cogemos y después nos iremos tranquilamente. Usted elige.

Emma esperaba impaciente a unos tres metros por debajo de Aitor. Sabía que algo no iba bien, no era normal que su compañero estuviera tanto rato en la superficie hablando con la gente del barco.

Aitor seguía sin entender cómo parte de la tripulación y el equipo de seguridad estaban amotinados junto a ese hombre, el mismo tipo que subió a bordo días atrás para llevarse el pequeño cofre. Quizás el capitán estaba muerto, tal y como había dicho Mike, junto al resto de la tripulación. Y ellos dos no iban a correr mejor suerte. Barajó varias posibilidades hasta que por fin tomó una decisión.

—Si le entrego lo que hemos encontrado, ¿nos dejará marchar ilesos? —preguntó Aitor, mirando a Mike para ver su reacción.

—Ese es el trato que le he ofrecido desde el principio. Deme la pieza que han encontrado y nos iremos. Les dejaremos esa barca para que puedan volver a la isla —contestó el hombre del sombrero, señalando a la zodiac.

La sonrisa de Mike fue clara y reveladora. No iban a salir de allí con vida, ni él ni Emma. Esa gente no iba a dejar cabos sueltos. Debía pensar rápido, no tenía tiempo que perder. Si subían, los matarían. Si le entregaba la pieza, los matarían. Solo quedaba una opción, darles lo que querían e intentar huir bajo el agua. Con la pieza en su poder era posible que ese hombre ya quedara más que contento y desistiera de buscarlos.

—Está bien. La pieza está en el fondo porque pesa mucho para subirla a mano. Deme otro cabo y ataré la bolsa para que puedan izarla a bordo.

Aquel hombre hizo un leve gesto con su cabeza, suficiente para que Mike le lanzara de mala gana uno de los cabos que almacenaban en cubierta. Nadie le quitaba la vista de encima. Solo unos pocos metros de agua marcaban la distancia. Aitor no dejaba de mirar al tipo del sombrero, su rostro era duro y frío, con una cicatriz sobre su ceja derecha que le daba un aspecto aún más tétrico. Cogió el cabo, se colocó de nuevo el regulador y descendió sin dejar de mirar hacia arriba. Nada más llegar a la profundidad donde estaba Emma, la cogió de la mano y se la llevó de nuevo al fondo. Sacó la pizarra sumergible del bolsillo de su chaleco y escribió en ella:

«Capitán muerto. Ladrones. Quieren pieza o nos matarán. Hemos de huir».

La cara de Emma era un cúmulo de sentimientos contradictorios. Los gestos airados que hacía con sus manos, mirando hacia un

lado y a otro, no necesitaban traducción. Aun así, sacó su tablilla y escribió:

«¿Huir? ¿A dónde?».

«Llegar a isla», escribió Aitor a continuación de su pregunta.

Emma miró su ordenador. Era posible llegar buceando bajo el agua si hacían toda la vuelta a poca profundidad. Si se quedaban sin aire siempre podrían volver por la superficie, pero entonces serían un blanco claro y fácil para esa gente. En ese momento, unos trazos de burbujas dibujaron líneas descendentes muy cerca de ellos. Unas ráfagas de disparos hechas desde el barco indicaban que el tiempo se estaba acabando, y con él, la paciencia de ese hombre. Aitor cogió el cabo y lo amarró a la bolsa de red que llevaba Emma, dando después dos fuertes tirones para avisar a los del barco. Soltó la bolsa y el peso de la pieza hizo que se fuera directa al fondo. En menos de dos segundos la pareja bajó hasta la arena intentando camuflarse entre los restos del galeón, para empezar a nadar en dirección a la isla. Antes de comenzar la marcha, Aitor le mostró un último mensaje en su tablilla:

«Apnea. No burbujas».

El mensaje era claro. Si los querían muertos, solo debían disparar allá donde hubiera burbujas. Aunque era difícil, primero porque a esa profundidad las balas llegarían casi sin fuerza; segundo, porque la refracción del agua les haría disparar algunos metros más allá de donde ellos estuvieran realmente. Pero el trecho hasta la isla era largo, las profundidades variaban mucho y en algún momento deberían ascender a menor profundidad para no quedarse sin aire, con el peligro de ser vistos desde la superficie. Aitor sabía que la situación era muy complicada.

Empezaron a aletear mientras veían cómo la bolsa con la extraña y deseada pieza subía sin descanso hasta desaparecer saliendo del agua.

En la cubierta del barco, el hombre del sombrero blanco cogió la bolsa y sacó la pieza de su interior. Era lo que llevaba buscando desde hacía muchos años. Allí estaba, impoluta, perfectamente tallada con una técnica que aún no conocía sobre un material que todavía no había podido catalogar. Era idéntica a la pieza que días atrás sacaron del cofre de bronce y, aunque todavía no entendía su signifi-

ficado, no tardaría en averiguarlo. Miró a Mike y sin dejar de acariciar el objeto indicó su siguiente orden.

—Matadlos. Y haced que sus cuerpos desaparezcan junto al resto de la tripulación.

Una ráfaga de disparos cayó sobre la zona donde intuían que podrían estar los buzos, pero ellos ya estaban a muchos metros de distancia. Aitor escuchó el ruido seco de las balas entrando en el agua y comprobó, como esperaba, que tenía razón. Aquel tipo ya tenía lo que quería y el resto de los testigos eran cabos sueltos que había que eliminar. Estaban lejos de las balas, pero aún quedaba un largo y peligroso camino por recorrer.

Aletearon lo más rápido que pudieron ayudándose de las manos, unas veces nadando y otras empujándose de piedra en piedra. La corriente que se empezaba a levantar en ese momento y que los llevaba en dirección a la isla jugaba a favor de la pareja. Llegaron rápidamente a la planicie arenosa, dejando atrás la depresión donde descansaba el galeón. Ahora estaban a tan solo diez metros de profundidad, un dato bueno para su ya diezmada reserva de aire, porque a menor profundidad menor consumo, pero malo para su camuflaje, porque esas aguas eran demasiado transparentes.

A los pocos minutos escucharon otro sonido, esta vez más reconocible para ambos, que retumbó como un trueno bajo el agua. El motor de la zodiac se había puesto en marcha y estaba seguro de que iban a barrer la zona hasta encontrarlos. Aitor sintió miedo de verdad por primera vez en su vida. La barca avanzaba haciendo círculos buscando las burbujas exhaladas por los buceadores para tener un blanco contra el que disparar. Intentaron hacer apneas más largas mientras se movían, pero el exceso de ejercicio hacía que sus músculos demandaran cada vez más oxígeno y que las apneas fueran más cortas a cada momento.

Las burbujas exhaladas ascendían perpendicularmente, haciéndose cada vez más grandes para acabar explotando en la superficie de un mar que estaba demasiado tranquilo para disimular ese jacuzzi artificial. No pasó mucho tiempo hasta que alguno de los que iban en la barca las vio y viró hacia ellos. Aitor supo, por la sombra que acechaba sobre sus cabezas, que se habían colocado justo encima del reguero de sus burbujas. Miró a Emma y vio en ella, por primera

vez, su cara de pánico bajo el agua. La cogió de la mano y tiró de ella con fuerza para huir cuanto antes de aquel lugar.

Tan solo un momento después, una lluvia de balas asesinas dibujó cientos de líneas verticales repletas de miles de diminutas burbujas que desaparecían a los pocos segundos como por arte de magia, mientras decenas de agujeros se formaban en el fondo levantando pequeñas montañas de arena. Algo quemó en el muslo derecho de Aitor. Un grito ahogado salió de su boca haciendo que el regulador se le escapara. Lo cogió al vuelo y volvió a ponérselo para seguir respirando. Se tocó el muslo y comprobó que el neopreno parecía estar agujereado justo donde tenía ese dolor punzante. Era pequeño, pero suficiente para hacerle rabiarse más de lo que nunca había sentido. Un reguero de un líquido de color verde oscuro, casi marrón, salía sin cesar de él. Aunque a esa profundidad el rojo desaparecía casi por completo, no tenía ninguna duda de que lo que escapaba por ese pequeño agujero era su sangre. No sabía muy bien qué hacer. Esa gente no pararía hasta darles caza, tenían todo el tiempo del mundo y muchas balas para gastar.

Decidió que iban a girar noventa grados e intentar despistar a eso tipos camuflándose en medio del arrecife de coral que veía a unos diez metros de distancia. No era una gran idea, pero sí mejor que quedarse en ese fondo de arena blanca. Se giró para avisar a Emma y fue entonces cuando la vio. Tumbada boca arriba, con los brazos abiertos y el regulador fuera de la boca. No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero no debía ser más de un minuto. Hacía muy poco que se había girado para comprobar que lo seguía. Se acercó tan rápido como pudo y comprobó que tenía los ojos cerrados. Su pecho no se movía porque ya no respiraba, y no podía comprobarle el pulso con el traje puesto. Pudo ver cómo varios regueros de sangre brotaban de su pecho y de su estómago, así como de su brazo. La lluvia de balas le había alcanzado de lleno. Le desató los anclajes del chaleco, y bajó como pudo la cremallera del traje. Una de balas había impactado en uno de sus pechos. Un agujero marcaba la entrada de la bala asesina que había perforado su pulmón izquierdo. Emma estaba muerta. La única mujer a la que había querido de verdad yacía inerte y sin vida entre sus brazos.

Aitor no notó cómo la lluvia de balas seguía cayendo a su alrededor, como minúsculos meteoritos dispuestos a acabar con su vida y con todo lo que se pusiera ante ellos. El tiempo y su respiración se habían detenido en ese momento, dejando en su mente un crudo y estático fotograma, doloroso y real como la vida misma. Una de las balas pasó rozando su cabeza y acabó impactando en una roca cercana, levantando decenas de astillas que bailaron al son de la corriente que cada vez era más acusada.

Miró hacia arriba y comprobó que la barca seguía dando rodeos sobre su cabeza. Las burbujas que exhalaba marcaban el centro de la diana. Aitor vació su máscara repleta de una mezcla de lágrimas y agua salada, y decidió que aún no era hora de morir. Si quería vengar la muerte de Emma debería sobrevivir y, para ello, tenía que salir de allí. Desató la botella de su compañera para llevársela por si le hacía falta más aire durante la huida. Se la colocó en el lateral del cuerpo, como hacía cuando buceaba con más de una botella, asegurándola con los cabos elásticos que llevaba en las argollas del chaleco. Miró fijamente a Emma, ajena a todo lo que sucedía y que ya dormía un plácido sueño entre los brazos de Poseidón y le quitó el casco. A pesar de llevar la capucha del traje puesta, algunos rizos morenos escaparon para bailar al son que marcaba la corriente, aparentando tener una vida que ya se había ido. Aitor se sacó el regulador de la boca y le dio un último beso en los labios mientras acariciaba por última vez los mechones de su pelo. Aseguró el cuerpo de su querida compañera mediante unos cabos sujetándolo a un par de salientes rocosos para que no se la llevara la corriente, hasta que avisara a las autoridades y pudieran volver a buscarla, si es que salía con vida de esta situación.

Comenzó a aletear y un poco más adelante dejó el casco de Emma entre unas rocas, con las linternas encendidas y apuntando hacia la superficie, como falsos señuelos, para despistar a los que vigilaban desde la barca. Aleteó tan rápido como pudo, aferrándose a su rabia, para salir de allí cuanto antes, sin mirar atrás, dejando media vida en aquel lugar, abandonando cientos de momentos mágicos vividos con aquella mujer que jamás podría olvidar y renunciando a un futuro cargado de ilusiones y esperanza. Se fue con los ojos repletos de lágrimas que quemaban de rabia, casi sin poder res-

pirar, con la impotencia de sentirse en minoría para poder vengar la muerte de Emma y con el único propósito de salir de esa maldita isla sin ser visto, llegar a Estados Unidos como fuera y denunciar lo sucedido una vez estuviera en su terreno.

Aquí ya no podía fiarse de nadie.